

capar á intervalos de su boca azuladas espirales... tal vez hacía también sus castillos en el aire con algunas de las monedas extraviadas del señor Dórrit.

Ninguna de las ciudades fortificadas por donde los viajeros cruzaron poseía una fortaleza tan sólida ni una catedral tan alta como el castillo del señor Dórrit; las corrientes del Ródano y del Saona no avanzaban con tanta rapidez como este incomparable edificio; el lecho del Mediterráneo era menos profundo que los sólidos cimientos del castillo Dórrit; los paisajes lejanos en el camino de la Cornisa y las colinas y el golfo de Génova la Soberbia, no tenían un aspecto tan magnífico. El señor Dórrit y su castillo sin igual desembarcaron entre las sucias casas y los presidiarios, más sucios aun, de Civita-Vechia, para tomar después el camino de Roma, saliendo como pudieron de la basura que obstruía el paso.



CAPITULO XIX

El castillo en el aire se derrumba

Hacia al menos cuatro horas que el sol se había puesto, y pocos viajeros hubieran querido hal'arse tan tarde fuera de los muros de Roma; pero la berlina del señor Dórrit, terminando su última y enojosa etapa, despertaba aun los ecos de la *campagna* solitaria. Los pastores salvajes y los campesinos feroces, cuya presencia había variado la monotonía del camino mientras brillaba el sol, habían desaparecido con el astro rey, dejando el espacio libre. En el horizonte divisábase á intervalos, desde algún recodo del camino, un pálido fulgor rojizo, semejante á una exhalación de aquella tierra sembrada de restos ruinosos, por el cual era fácil reconocer que aún estaba lejos la ciudad de las siete colinas. El coche no tardó en desaparecer de nuevo en una hondonada de aquel mar negruzco y resecaado, y durante largo tiempo ya no se vió más que la vía petrificada y el cielo sombrío.

Aunque el señor Dórrit se distrajera con sus castillos en el aire, no estaba tranquilo al cruzar aquel desierto: el lacayo, que ocupaba el asiento inútil del cochero, temblaba al ver

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

güenza; y el correo, siempre en la trasera, no se creía nada seguro. El señor Dórrit se asomaba á la ventanilla con frecuencia, y decíase que hubiera sido mejor pasar la noche en Civita-Vecchia y continuar el viaje á primera hora de la mañana siguiente. Por fortuna, los viajeros no tuvieron más encuentro que el de un cortejo fúnebre, lo cual no impidió que el señor Dórrit se asustara, creyendo haber caído en poder de una cuadrilla de bandoleros que le arrojarían en una fosa después de despojarle.

Los criados del señor Dórrit no le esperaban á semejante hora, suponiéndose que no llegaría hasta el día siguiente; y así es que cuando la berlina de viaje se detuvo delante de la puerta, sólo el portero se presentó para recibir al amo.

—¿Ha salido la señorita Dórrit?—preguntó.

—No, señor.

—Muy bien—contestó el anciano á los criados que acudían presurosos;—pueden ustedes retirarse después de haber descargado la berlina; ya buscaré yo á la señorita Dórrit.

Así diciendo, dirigióse á la gran escalera, subió con fatigado paso y cruzó varias habitaciones desiertas, hasta que vio brillar una luz en un gabinetito, situado en el fondo de una gran sala de recepciones. Esta habitación tenía en vez de puerta un tapiz, y cuando el anciano se detuvo, mirando sin ser visto, experimentó cierta angustia. Seguramente no sería por un sentimiento de envidia, pues no había por qué tenerla, pues allí no estaba más que su hija y el tío Federico, sentado éste junto á la chimenea, y Amy delante de una mesa, ocupada en bordar. Exceptuando el sitio, los dos actores de aquella escena debieron recordar al señor Dórrit su triste situación de otro tiempo, pues Federico se le parecía bastante para representarle dignamente en aquel cuadro. ¡Cuántas noches había pasado él así junto á una chimenea, mientras la pobre Amy trabajaba á su lado! Pero en este recuerdo de un mísero pasado no había sin duda nada que pudiera excitar la envidia. ¿De qué provenía pues la angustia que el anciano experimentó en aquel momento?

—¿Sabe usted, tío mío—decía Amy,—que cada día me parece más joven?

El tío movió la cabeza y replicó:

—¿Desde cuándo, hija mía, desde cuándo?

—¡Oh!—repuso la niña Dórrit,—hace ya varias semanas que lo noto; ahora le veo siempre más contento, querido tío, más despejado y de mejor humor.

—Hija mía, tú lo has hecho todo.

—¿Yo, querido tío?

—Sí, sí, tú me has hecho mucho bien, prodigándome toda clase de atenciones, y procurando disimularlas con la mayor delicadeza... ¡Vamos, vamos! yo no echo nada en saco roto, hija mía; te lo aseguro.

—Usted piensa así porque tiene la imaginación demasiado viva, tío mío—replicó la niña Dórrit sonriendo.

—¡Bien, bien! sea lo que quiera; pero de todos modos, Dios te bendiga.

La niña Dórrit dirigió una mirada á su tío, sin dejar su trabajo, mirada que angustió más aun al ex-decano; y era porque su corazón estaba lleno de debilidades, de contradicciones, de vacilaciones, de inconsecuencias, y en una palabra, de todos los míseros sentimientos de esta vida de confusión, cuya bruma no puede disiparse hasta que brilla el sol del día de la eternidad.

—Te aseguro, querida Amy—continuó el anciano,—que he estado más á gusto contigo desde que nos dejaron á los dos completamente solos, y digo *solos*, porque no cuento para nada á la señora General, de quien me cuido tan poco como ella de mí. No me quejo, sin embargo, porque no se me oculta que se me considera como un estorbo, aunque procuro alejarme todo lo posible. Ya sé que no soy digno de figurar en nuestra sociedad; mi hermano Guillermo merecería tener reyes por compañeros, pero á mí no me sucede lo mismo; Federico Dórrit no honra á Guillermo Dórrit. Harto lo sabe él.

Al pronunciar estas palabras volvió por casualidad la cabeza, y como viese á su hermano, que acababa de levantar el tapiz, exclamó:

—¡Ah!... aquí está tu padre, Amy... ¡Querido Guillermo, cuánto me alegro de verte!

La niña Dórrit, profiriendo una exclamación de alegría, levantóse al punto para abrazar repetidas veces á su padre, que sin embargo parecía descontento y miraba á su hermano y su hija con expresión burlona.

—¡Gracias á Dios que os encuentro! Amy—exclamó;—no es poca fortuna tener quien me reciba... Me esperaban tan poco, que á fe mía comenzaba á creer... ¡hem!... que debía excusarme por haberme tomado la libertad de volver á mi casa.

—Era tan tarde, querido Guillermo—repuso su hermano,—

que habíamos renunciado á la esperanza de verte llegar esta noche.

—Soy más robusto que tú, querido Federico—replicó el señor Dórrit con tono de compasión fraternal, casi severa;—y creo que puedo viajar sin peligro para mi salud... ¡hem!... á la hora que mejor me plazca.

—Ciertamente—contestó Federico, comprendiendo que había resentido el amor propio de su hermano involuntariamente;—no lo dudo.

—Gracias, Amy—añadió el anciano, mientras que su hija le aligeraba un poco de ropa de viaje;—no necesito que me ayuden... no te molestes, hija mía. Quisiera saber si podrán darme una corteza de pan y un vaso de vino... ¡hem!... ó si causaré con esto demasiada molestia.

—Querido padre—contestó Amy,—le van á servir de cenar en pocos minutos.

—Gracias, hija mía—replicó el anciano, con una frialdad que equivalía á una reprensión;—yo... ¡hem!... temo verdaderamente dar demasiado qué hacer á todo el mundo... ¿Y la señora General sigue bien?

—No hace mucho se quejaba de jaqueca y de un poco de fatiga; y así es que cuando renunciamos á la esperanza de verle á usted esta noche, se retiró á su cuarto.

¿Pensó tal vez el señor Dórrit que su ausencia era la causa de la indisposición de la viuda? Como quiera que fuese, el caso es que sus facciones se serenaron, expresando marcadamente su satisfacción.

Durante este diálogo, Amy había contemplado á su padre con más interés que de costumbre, como si le pareciera desmejorado ó envejecido. El padre lo echó de ver sin duda y se formalizó, pues cuando se hubo desembarazado de su capa y sentádose junto al fuego, preguntó con tono de mal humor:

—Y bien, Amy, ¿por qué me miras así? ¿Qué observas en mi persona para contemplarme... ¡hem!... con una solicitud particular?

—Lo hago sin ninguna intención, padre mío; la única causa es que me complace volverle á ver... esto es todo.

—No digas «esto es todo»—repuso el anciano con cierta energía,—porque no lo es. Sin duda te parece... ¡hem!... que no tengo buena cara.

—Sólo he creído que estaría usted un poco cansado, padre.

—¡Pues bien! te engañas... ¡Ah!... no estoy nada cansado...

muy lejos de ello... ¡hem!... me siento mucho mejor que el día de mi salida.

Al ver á su padre tan irritado, la niña Dórrit, en vez de justificarse permaneció en pie junto á él sin decir una palabra. El anciano, sentado entre su hija y Federico Dórrit, quedó como sumido en un letargo por espacio de un minuto, al cabo del cual despertó sobresaltado.

—Federico—dijo entonces,—te aconsejo que te retires á descansar en seguida.

—No, Guillermo, te haré compañía mientras cenas.

—Federico—replicó el anciano,—te ruego que vayas á dormir... y hasta te agradeceré que accedas á mi demanda. Hace ya tiempo que debías haberte acostado, porque estás muy débil.

—¡Vamos!—replicó Federico, que deseaba complacer á su hermano,—será lo que tú dices; no lo niego.

—Amigo mío—repuso el señor Dórrit, con un tono que indicaba hasta qué punto se creía superior,—no cabe duda alguna sobre lo que te digo. Siento encontrarte tan débil... ¡Ah!... esto me aflige mucho... ¡hem!... no me parece que estés nada bueno, y no... debes acostarte tan tarde. Has de cuidar más de tu salud... mucho más.

—Con que, ¿quieres que me acueste?—preguntó Federico.

—Sí, hermano mío, yo te lo ruego. Espero que mañana estarás más fuerte... ¡vamos, buenas noches!

Después de haber despedido así á su hermano, el señor Dórrit volvió á dormirse antes de que aquél saliera de la habitación, y hubiera caído en el suelo á no haberle sostenido su hija.

—Tu tío chochea ya, Amy—dijo, apenas se despertó de nuevo;—ya no hay ilación alguna en sus ideas, y sus palabras son más... ¡hem!... incoherentes que nunca. ¿Ha estado enfermo durante mi ausencia?

—No, padre.

—¿No te parece que está muy cambiado?

—Yo no lo noto, padre.

—Pues yo te aseguro que está muy quebrantado; mi pobre Federico se va... ¡hem!... Ya había perdido mucho antes de mi marcha... pero ahora... ¡hem!... ¡se va!

La cena, que se sirvió en la mesita de Amy, interrumpió el diálogo; la joven permaneció junto á su padre como en otro tiempo, por la primera vez desde su salida de Londres. Padre é hija estaban solos, y ella fué la que le escanció el vino,

como tenía costumbre de hacerlo en la prisión; pero evitando en lo posible mirarle, por temor de irritarle otra vez. Sin embargo, Amy pudo observar que el anciano fijaba la vista en ella algunas veces, paseando después una mirada por la habitación, dominado al parecer por una serie de ideas que hacían necesario el testimonio de los sentidos para estar seguro de que no se hallaba aun en su antiguo cuarto de la Mariscalía; y hasta algunas veces se llevaba la mano á la cabeza cual si buscara su gorro de terciopelo negro, sin recordar que lo había abandonado ignominiosamente al salir de su encierro.

El señor Dórrit comió poco, pero estuvo bastante tiempo á la mesa, hablando siempre de su hermano, de quien dijo repetidas veces que chocheaba, y que su compañía hubiera sido muy enojosa para Amy, si no hubiese estado allí una mujer tan superior como la señora General.

Amy, que gracias á su vigilante afecto recordaba siempre las palabras y los actos más insignificantes de su padre, no olvidó nunca, más tarde, que cuando el anciano miraba á su alrededor, bajo la poderosa influencia de los recuerdos de otra época, procuraba al parecer borrarlos de su memoria y de la de su hija, hablando de las inmensas riquezas y de la distinguida sociedad que le rodeaban durante su permanencia en Londres, y de la alta posición que su familia debía ocupar. También recordó que aquella noche había dos tendencias que parecían dictar las palabras y los actos de su padre: la una no tenía más objeto que demostrar á Amy que su padre podía pasarlo muy bien sin su hija; y la otra quejarse, sin razón aparente, como lastimado de que la joven le olvidara durante su ausencia.

Su descripción de la grandeza del célebre capitalista y de la escogida sociedad que ante él se inclinaba, condujo naturalmente al anciano á hablar de la señora Merdle, pero de tal modo que, sin guardar ninguna ilación en sus ideas, pasó sin transición á preguntar cómo seguía aquella dama.

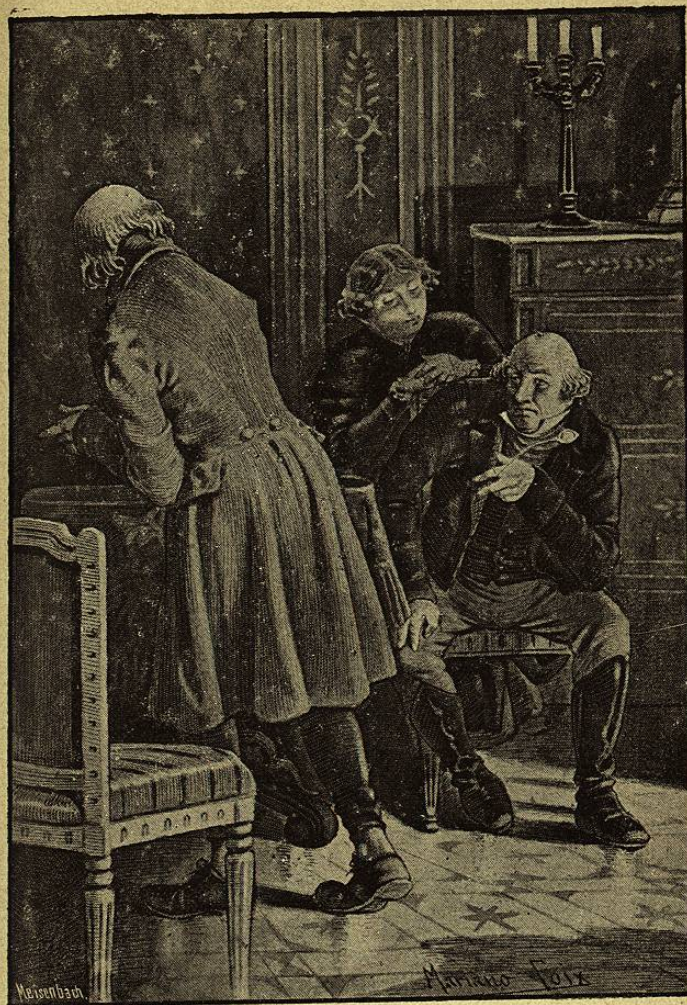
—Muy bien—contestó Amy;—la semana próxima saldrá de Roma.

—¿Vuelve á Londres?—preguntó el señor Dórrit.

—Sí; pero estará algunas semanas en camino, porque piensa detenerse en varios puntos.

—Su ausencia se echará mucho de menos aquí, pero su regreso será... ¡hem!... una gran adquisición para Fanny en Londres, y también para el gran mundo.

Amy, pensando en la rivalidad que se suscitaría entre su



—¡Vamos!... ¡Buenas noches!

hermana y la señora Merdle, no hizo observación alguna sobre este punto, limitándose á decir:

—Debo advertir á usted, padre mío, que la señora Merdle dará un gran baile de despedida y un banquete antes de su marcha, y que me ha manifestado su vivo deseo de verle llegar oportunamente: nos ha convidado á comer á los dos.

—Esa dama... ¡hem!... es muy atenta. ¿Cuándo es el día fijado?

—Pasado mañana.

—Muy bien, escribirás dos líneas para anunciar mi vuelta, añadiendo que acepto con el mayor gusto... ¡hem!... su convite.

—¿Quiere usted que le acompañe hasta su cuarto, querido padre?

—No—contestó el anciano, dirigiendo á su alrededor una mirada con aspecto irritado, pues alejábale sin dar las buenas noches á su hija;—no vale la pena; yo no necesito que me acompañen; tu padre no está achacoso como tu tío...

Interrumpiéndose de pronto, añadió después bruscamente:

—No me has dado un beso, Amy; buenas noches... Hemos de casarte... hemos de casarte.

Así diciendo, el señor Dórrit subió la escalera lentamente y como con fatiga, y una vez en su habitación, despidió al criado. Entonces comenzó á examinar las compras que había hecho en París, y después de abrir los estuches para contemplar las alhajas, encerrólas bajo llave. Luego, volviendo á sus castillos en el aire, absorbióse de tal modo en sus reflexiones, que ya comenzaba á despuntar el alba por oriente en la desierta campiña cuando el señor Dórrit se acostó.

La señora General envió al otro día, á hora oportuna, un recado de atención al señor Dórrit, manifestándole que esperaba se habría repuesto de la fatiga del viaje; y el anciano dió las gracias por conducto del mismo mensajero, encargándole dijese á la viuda que había dormido muy bien y se hallaba en las mejores disposiciones. Sin embargo, no salió de su habitación hasta la tarde, y aunque se había vestido con mucha elegancia para pasear en coche con la señora General, su aspecto no confirmaba lo que había dicho respecto al buen estado de su salud.

Como la familia no debía recibir visita alguna aquel día, los cuatro individuos que la formaban comieron solos. El señor Dórrit dió el brazo á la viuda del intendente, é invitóla á sentarse á su derecha con mucha ceremonia. Amy no pudo